

# Capítulo 1

---

## Kandajarín, Urdistán.

El convoy se detuvo para dejar paso al rebaño de ovejas que caminaban apelotonadas como si trataran de protegerse unas a otras con su mutuo contacto. El pastor, un hombre de edad indefinida, arrugado por el paso del tiempo y con una larga y rizada barba blanca, las detuvo al borde del camino haciendo señas al conductor del primer vehículo para que pasara.

—Adelante —susurró Fernando Madeiros a su conductor al ver arrancar al *Piranha* que les precedía. Aquellos pastores de los valles de Kandajarín eran tan impasibles como tozudos y lo mejor era no eternizarse en una discusión que, por otro lado tampoco iba a conducir a ninguna parte. Además, más adelante se divisaba el polvo que levantaba otro rebaño que como el que ya comenzaban a dejar a atrás, regresaba de los abrevaderos de Vlenzsta donde seguramente las ovejas se habían dado un buen atracón de hierba fresca.

Había algo extraño en aquel pestilente montón de borregos. No era habitual que los rebaños regresaran tan pronto de los pastos, comentó en voz alta el sargento Madeiros mientras consultaba su reloj de pulsera.

—Están locos —contestó impasible el chofer concentrado en la música de su walkman y que en ese momento cerraba los ojos mientras procedía a encender su enésimo *Marlboro*. A su lado, el sargento Madeiros ladeaba el cuerpo tratando de comprobar a través del espejo retrovisor que los otros tres camiones con las marcas UN bien visibles les seguían ordenadamente.

Se trataba de una misión de rutina. Desde hacía algunas semanas, aquella zona asignada al sector brasileño de las fuerzas de pacificación de la ONU, parecía disfrutar de una tranquilidad poco habitual. A pesar de todo, los 56 soldados que se distribuían entre los cuatro camiones de cuatro toneladas y los dos vehículos blindados *Piranha* que les daban protección, marchaban perfectamente uniformados, armados y con sus cascos azules cubriendo reglamentariamente sus cabezas para hacerse

reconocer sin ninguna duda como pertenecientes a la Organización de Naciones Unidas a la que representaban.

—¡Joder con las ovejitas! —exclamó el conductor, abriendo la ventanilla de la cabina para lanzar al exterior la colilla de su cigarrillo mientras el segundo rebaño cruzaba parsimoniosamente el camino.

—Este no parece tan amable como el otro —concluyó Madeiros lanzando una mirada llena de resignación hacia el pastor en cuyo rostro creyó adivinar una mueca de miedo, lo mismo que un cierto temblor en su cayado.

No tuvo tiempo para más. Repentinamente y mientras el pastor se arrojaba al suelo, de entre el rebaño de ovejas se levantó un individuo que cubría su rostro con un turbante mientras les apuntaba con un RPG. Lo siguiente que sintió fue el grito terrible de su conductor que se mezcló con el de sus piernas al quebrarse como consecuencia del impacto de la carga hueca lanzada por el RPG que hizo explotar al camión, elevándolo cinco metros del suelo.

De los tres camiones que les seguían, los dos primeros corrieron idéntica suerte, explotando en mil pedazos al recibir el impacto de otros tantos tiradores que surgieron igualmente de entre las espantadas ovejas. El tercero fue más afortunado, pues el tirador al que había sido asignado tembló lo suficiente en el momento del disparo como para que el obús pasara a unos metros de distancia yendo a estrellarse en las primeras rocas de las estribaciones de la cordillera de Puntún. El error concedió unos segundos más de vida a los infelices que se miraban aterrados en el interior del camión. Al lado del nervioso tirador, se levantó otro que disparó con mejor pulso haciendo volar el camión por los aires.

El conductor del *Piranha* que cerraba la formación reaccionó con agilidad acelerando el vehículo mientras giraba completamente el volante tratando de desandar el camino recorrido. Por unos instantes pensó que tenía alguna posibilidad, pero fue un espejismo. En medio del primer rebaño que tan gentilmente les había cedido el paso pocos momentos antes, aparecieron nuevos tiradores con idénticas armas que inmovilizaron el vehículo al segundo disparo, cebándose a continuación en sus restos hasta convertirlos en un humeante amasijo de hierros retorcidos.

Cumplida la emboscada, un griterío ensordecedor se levantó desde las rocas, muy cerca de donde había ido a explotar el proyectil errado y una densa polvareda anunció la llegada de centenares de caballos a cuyos lomos las tropas nómadas de Rashí Al Tuleg, el Caudillo de los Valles, agitaban sus fusiles automáticos saludando con estruendoso griterío la victoria recién conseguida.

A pocos metros de los restos humeantes de los camiones, Rashí levantó su mano derecha ordenando detenerse a la columna de jinetes mientras él seguía avanzando hacia los restos del convoy.

El conductor de uno de los camiones, herido y sin piernas que le sujetaran, se arrastraba valiéndose lastimosamente de los magullados brazos mientras trataba de dejar atrás el asfixiante entorno de lo que pocos minutos antes había sido un flamante vehículo. Al verlo, Rashí se acercó hasta situar las patas de su caballo justo delante del desdichado conductor, un joven que aparecía completamente ennegrecido como consecuencia de las quemaduras que debían estar causándole tremendos dolores, a pesar de lo cual trataba de aferrarse a una vida que parecía escapársele a manos llenas.

Cuando adivinó ante él las largas patas de la montura de Rashí, el joven soldado brasileño levantó su rostro hacia el jinete implorando compasión en una mirada cargada de angustia.

Entonces, Rashí Al Tuleg, el Caudillo de los Valles, extrajo una lanza de su montura y un trapo de color rojo de su bolsillo. Después de anudar el trapo al lado opuesto a la brillante hoja de acero, asió con fuerza la lanza levantándola ante la mirada suplicante del joven soldado, que se abatió muerto sobre la cálida arena cuando la afilada punta se abrió paso por su espalda rompiéndole el corazón.

Mientras la sanguinaria jauría de Rashí se cebaba con los cuerpos calcinados de los soldados en medio de un griterío ensordecedor, la lanza de Rashí proclamaba al mundo la autoría de aquella carnicería, ondeando al viento el trapo que su dueño le había anudado y que, al modo de los piratas de otro tiempo, mostraba sobre fondo rojo, una calavera sustentada sobre dos medias lunas cruzadas.

Algo más de 200 kilómetros al norte, Haus, Fussingen, antiguo piloto de caza de las Reales Fuerzas Aéreas Danesas, redujo potencia a los motores de su CN-295 de fabricación española, al servicio de Air Lithuanian, una línea aérea que después de haber ganado el concurso convocado para el transporte de tropas de la NATO, trabajaba casi en exclusiva para tan importante cliente.

El sol calentaba con fuerza. Podía sentirlo en el cogote desde donde se trasmitía al resto del cuerpo en forma de un agradable calor. Sin embargo, no podía verlo, ya que, desde que la torre de control del aeropuerto de Vantira les hubiera autorizado el descenso, repartía atentamente su mirada entre los instrumentos más importantes, asegurándose que la potencia de los motores fuera la correcta, que la velocidad no rebasara los 230 kilómetros por hora, que el variómetro mantuviera firme el descenso a 500 pies por minuto y, sobre todo, que mantenía perfectamente cruzadas las barras del ILS<sup>1</sup>, una radioayuda que podía conducirlo de manera casi automática hasta la misma pista de aterrizaje, invisible todavía a sus ojos por culpa de la densa alfombra de nubes grises que se extendía ante su vista unos pocos metros por debajo del avión.

Al otro lado de la cabina, los mandos y soldados de la tercera compañía del batallón de operaciones especiales de la Infantería de Marina italiana, se agitaban en sus asientos preguntándose como sería aquella tierra en la que el destino les había deparado pasar los siguientes cuatro meses de sus vidas.

No eran las mejores fechas. Quien más quien menos, todos habían sentido un nudo en la garganta al saber que pasarían las navidades tan alejados de sus hogares, pero por otra parte, se sabían seleccionados entre muchas otras posibilidades y eso les hacía sentir un orgullo difícil de definir.

El viaje desde Pisa no había sido largo. Habían reído, cantado y compartido el menú que les habían preparado cariñosamente en sus casas. Sin embargo, después de escuchar la voz de su capitán comunicándoles que procedían a tomar tierra, las cosas parecían verse de otra manera.

---

<sup>1</sup> Instrumental Landing System.

No era la misión lo que más preocupaba en esos momentos. Desde hacía meses aquella zona, tan agitada en otros tiempos, parecía haberse tranquilizado mucho y en cualquier caso, no iban a estar tampoco demasiado cerca de los puntos más calientes. Su trabajo consistía únicamente en mantener abierto aquel aeropuerto a cuya pista se dirigían a tomar tierra, pues se trataba de un enclave de tremenda importancia estratégica, caso de que las cosas se pusieran tirantes ya que sin aquella pista las posibilidades logísticas de las fuerzas de pacificación más avanzadas quedaban sensiblemente reducidas.

En una de las primeras filas de asientos, el teniente Andrea Biglietto veía acercarse la capa de nubes y como el resto de la compañía se preguntaba que encontraría tras ellas en aquellas áridas tierras. Pegando literalmente la cara a la ventanilla, sonrió al recordar a su novia, una preciosa chiquilla de Bolonia a la que había conocido un año atrás. Cuando supo que no pasarían juntos la navidad, Beatrice se mostró terriblemente enfadada y estuvo toda una tarde sin hablarle, pero más tarde, cuando comprendió que aquello formaba parte de su vida, pasó a comportarse con una dulzura y dedicación desacostumbradas. El último fin de semana que pasaron juntos antes de emprender vuelo hacia aquellas lejanas tierras le había decidido a dar el paso. En cuanto regresara la pediría en matrimonio.

Haus Fussingen comenzó a cruzar la cortina de nubes que se interponía entre su avión y la pista donde debía aterrizarlo. A su lado, el copiloto, un chico alemán enfermo de los procedimientos, repetía monótona y cansinamente que se encontraban cien metros por debajo de la senda de aproximación.

En realidad aquello importaba poco. Se trataba de unos cuantos cirros y estaban muy altos, enseguida los atravesaría y corregiría la posición del avión a la vista de la pista de aterrizaje. Sin embargo, con tal de dejar de escuchar a su copiloto, aplicó un pequeño incremento de potencia a los motores haciendo algo menor la velocidad de descenso. El ILS acusó inmediatamente la corrección y las barras horizontal y vertical volvieron a cortarse formando una cruz casi perfecta, lo que señalaba

que el avión entraba en su senda de descenso, pese a lo cual, el copiloto continuaba advirtiéndole que les faltaban unos pocos metros para alcanzarla.

—Ya basta Gunther, tengo la pista a la vista —dijo Haus cortando la monserga del alemán.

Efectivamente, traspasada la húmeda cortina, la pista de aterrizaje del aeropuerto de Vantira comenzó a hacerse visible a unos seis kilómetros por delante del morro del avión, por lo que el comandante de la aeronave dejó de hacer la comprobación cruzada de sus instrumentos, pasando a vuelo visual.

—Tuyo —dijo a su copiloto para que se hiciera cargo de los mandos durante la maniobra de aterrizaje.

—Mío —contestó éste con firmeza asiendo las palancas de control del avión.

Más a popa, los infantes italianos que ocupaban asientos de pasillo, estiraban el cuello tratando de hacerse una idea de cómo era aquella tierra que pronto pasaría a formar parte de sus vidas. La alegría parecía volver a adueñarse de sus corazones a tenor de los comentarios que se hacían unos a otros. Después de todo, si bien las navidades iban a ser ciertamente distintas a cualquier otra anterior, no era algo que fuera a modificar sus hábitos ni sus ganas de divertirse. Además, ya se habían anticipado a eso llenando la panza del avión de todo tipo de adornos, recuerdos y alimentos propios de tan señaladas fiestas.

Andrea Biglietto mantenía la sonrisa pintada en su cara mientras acariciaba el pañuelo de fina seda que se acababa de anudar al cuello y que había sido el último regalo de Beatrice, antes de verlo desaparecer por la puerta de control del aeropuerto Leonardo da Vinci de Pisa. Bueno, en realidad no había sido el último, recordó volviendo a sonreír. A punto de pasar su mochila por los rayos X, su novia recordó aquella medallita de plata de la Santa Madonna que ahora pendía en su cuello de una cadena también de plata y que acarició llevándosela instintivamente a los labios mientras trataba en vano de hacerse una idea de a qué altura estarían sobre aquella tierra que se adivinaba cada vez más próxima.

Justo al otro lado del pasillo, un soldado buscaba con la vista los confines de aquel desierto. Allá abajo solo se veía arena y piedra. Ese era el panorama casi absoluto, salpicado de vez en cuando por un pequeño vergel. Por lo menos a él se le hacía pequeño, pensaba el joven soldado. Claro que desde aquella altura las cosas perdían la proporción y después de todo, quizás aquellos grupos desordenados de matorros no fuesen otra cosa que los oasis que había visto tantas veces de niño en las películas del desierto.

Fue precisamente tratando de apreciar las dimensiones de uno de aquellos vergeles cuando lo vio, justo en el centro de un pequeño calvero rodeado de densa vegetación. Precisamente lo estaba observando cuando creyó apreciar una leve columna de humo que el viento barrió inmediatamente. Qué extraño, se dijo a sí mismo dedicando su atención a las montañas que se levantaban a los lejos.

Haus Fussingen fue el primero que lo vio venir. Al principio le pareció algo parecido a una flecha. Una flecha enorme y perversa que se dirigía en su dirección a velocidad endiablada acercándose por el lado de su copiloto, que seguía a los mandos del avión con la mirada fija en la cabecera de la pista de aterrizaje.

Los viejos recuerdos de su época de piloto de combate se agolparon de pronto en su cerebro solo para hacerle alcanzar la conclusión de que no había nada que pudieran hacer. A la velocidad de un avión de transporte como aquel, en senda de descenso y a apenas 2000 metros de altura, sus posibilidades contra un misil SAM<sup>2</sup>, eran prácticamente inexistentes.

—Mío —dijo tomando los controles de vuelo sin saber muy bien que hacer, toda vez que el siniestro misil había quedado fuera de su vista. Por unos momentos quiso creer que tal vez se tratase de una ilusión de sus sentidos. La estúpida consecuencia de haber permanecido tantos minutos al contacto directo con el ardiente sol de aquel maldito desierto, pero una repentina explosión por el lado de su copiloto le devolvió a la dolorosa realidad.

---

<sup>2</sup> Surface to Air missile. Misil Superficie-Aire

—*¿Hva var det? ¿Qué ha sido eso?* —gritó en su lengua materna volviéndose a su copiloto que a su vez se giró fijando la mirada en el motor de su ala.

Ni los procedimientos de vuelo, ni sus más de cinco mil horas eran suficientes para encontrar la forma de decirle a su jefe que el motor correspondiente a su ala sencillamente no existía y que el propio ala de la que colgaba hasta pocos segundos antes presentaba una enorme fisura que amenazaba con partir el plano en dos.

Pero no hacían falta las explicaciones. Haus Fussingen fue consciente de ello desde que sintió que el avión entraba en una barrena incontrolable y se precipitaba a tierra dando giros cada vez más veloces sobre sí mismo.

Cuando los servicios de rescate llegaron al lugar del siniestro encontraron un espectáculo que no olvidarían jamás. El avión, convertido en chatarra humeante, yacía rodeado de todo tipo de útiles personales de sus pasajeros, bolsas de mano, maletas, unas cerradas y otras abiertas con su contenido esparcido por el campo y un pequeño abeto que yacía partido en dos como el símbolo de una navidad rota. Lo demás eran restos de lo que hasta pocos momentos antes habían sido seres humanos llenos de ilusión y de calor. Acercándose a uno de ellos que yacía hinchado y boca arriba en una postura grotesca, uno de los miembros del equipo de rescate cerró sus ojos que aún conservaba abiertos dibujando lo que parecía una extraña sonrisa. Al acercarse vio un hilo de plata que sobresalía de su puño cerrado. Cuando lo abrió tuvo ganas de llorar. Aquel desgraciado apretaba en su mano una medalla de la Virgen que, al calentarse por el incendio posterior a la explosión del avión, había dejado la marca de su contorno en la palma de la mano del pobre muchacho.

El señor y la señora Noguerol sonreían satisfechos escuchando a su hija relatarles los pormenores de su vida en Tariff, una pequeña ciudad a orillas del lago al que daba nombre.

Jaume y Montse Noguerol habían pensado dar una sorpresa a su hija viajando hasta allí para celebrar con ella sus bodas de plata. Desde

hacía pocos meses, la joven Nuria Nogueroles colgaba en la pared tras la sencilla silla de su consulta el título de doctora en medicina que le había otorgado la universidad de Barcelona. Tan rebelde como sensible, había decidido, a pesar de las advertencias de su padre, dedicar sus primeros esfuerzos profesionales a una causa noble, como le pareció la de trabajar en aquella zona tan desfavorecida al servicio de una de las muchas ONG de los países occidentales que trataban de ayudar con su esfuerzo al restablecimiento de la paz y los derechos humanos en la zona.

Mientras Nuria ponía su corazón en cada una de las anécdotas que contaba a sus padres, el señor Nogueroles sonreía bobaliconamente. Le parecía increíble que la que hasta hacía poco tiempo no era más que una adolescente revoltosa y algo irresponsable, se hubiera convertido de la noche a la mañana en una mujer y una flamante doctora.

Como tantas veces había discutido con ella sobre su futuro. No le gustaba aquella idea absurda de la ONG, ni mucho menos la de alejarse tanto de casa, pero también como en tantas ocasiones anteriores, su hija se había salido con la suya y había hecho lo que le había dado la real gana.

—Bueno, ya está bien de tanta cháchara —dijo Nuria poniéndose en pie y sacando del armario dos cajitas iguales, envueltas en sendas tiras de papel rojo y azul oscuro.

—A ver, esta para ti papá —dijo entregándole la cajita azul y dándole un sonoro beso en la mejilla—. Y esta otra para ti, para la mejor madre del mundo —completó entregando a su madre la de color rojo y fundiéndose con ella en un emocionado abrazo que produjo que ambas se pusieran a sollozar como tontas.

—Un momento —dijo Nuria de repente rompiendo el abrazo y restregándose los ojos con el dorso de la mano—. Esto hay que celebrarlo —completó acercándose al armario y sacando de una bolsa de plástico negra repleta de hielo, tres botellas de una conocida marca de cerveza mexicana que había conseguido gracias a la ayuda de una colega americana.

—De eso nada —dijo su padre abandonando la habitación y regresando a los pocos segundos con una botella de cava—. Una cosa así hay que celebrarla como Dios manda. —Mientras hablaba, el señor Nogueroles extrajo de su bolsillo una cajita minúscula que entregó a su mujer depo-

sitando un beso en su frente.

—De donde habrá sacado eso... —fue el único comentario de su mujer refiriéndose a la botella de cava mientras abría curiosa su cajita y su marido procedía a descorchar la botella de cava.

—Os creéis que soy un viejo inútil —sonreía enigmático Jaume afeitándose en descorchar la botella—, pero uno tiene sus recursos.

El tapón de corcho rebotó en algún punto del techo yendo a caer junto a los pies de su hija que lo guardó en el bolsillo sonriendo.

—Trae suerte —comentó entre risas.

En ese momento el sonido del timbre de la puerta interrumpió la charla y las bromas.

—¿Quién será a esta hora? No espero a nadie —dijo Nuria con cara de perplejidad.

—Será mejor que guardes la botella papá, a esta gente no le gusta que circule el alcohol, ni siquiera en la casa de una —remató dirigiéndose a su padre.

—¿Quién es? —preguntó Nuria subiendo el tono de voz al llegar a la puerta.

—¡Abran!, ¡policía! —Fue la respuesta que obtuvo desde el otro lado de aquella puerta que no tenía mirilla ni cadena de seguridad.

—Es un control —dijo en un susurro tranquilizando a su padre que se había acercado a la puerta—. Los hacen de vez en cuando. A mí no me había pasado nunca. Preparad los pasaportes y no os preocupéis —completó tratando de tranquilizar también a su madre que se les unía en esos momentos.

—*Cathós Zafrán* —saludó Nuria en la lengua de la tierra tratando de hacerse amable a los tres hombres uniformados que aguardaban al otro lado de la puerta.

—Buenas noches —saludó el que parecía ser el jefe—. Esto es un control rutinario, reúnanse todos los que vivan en la casa.

—Los que estamos aquí somos todos. Ellos son mis padres...

—Estupendo —contestó el hombre uniformado haciendo una seña a los otros dos policías, que avanzaron resueltos a cumplir una obligación que ya conocían de antemano.

Jaume se abalanzó sobre el individuo que después de taponar la boca

de su mujer con un pañuelo, trataba de inyectarle un líquido en el brazo con una jeringuilla.

El golpe le dejó casi sin conocimiento, pero no lo suficiente como para dejar de sentir otro pinchazo en su propio brazo, mientras cada vez más lejanos escuchaba los gritos de su hija que cesaron antes de que perdiera el conocimiento por completo.

Cuando los tres estuvieron dormidos, Akam Balumn, jefe de la policía de Tariff, procedió a inspeccionar el resto del apartamento para asegurarse de que allí no quedaba nadie. Mientras tanto, sus hombres arrastraban escaleras abajo los cuerpos exangües de los tres miembros de la familia Noguero.

Cuando por fin Akam Balumn se reunió con ellos en la calle, los Noguero dormían bajo los efectos de un poderoso narcótico, ajenos absolutamente a la realidad de que acababan de ser secuestrados.

Poco después, cuando el camión en que viajaban los cuerpos inanimados de los secuestrados dobló la esquina, el jefe de policía se introdujo en su propio vehículo y extrajo una pequeña libreta de la guantera. Tras hacer unas anotaciones en la primera página, volvió a guardarla satisfecho.

Con aquellos tres, los secuestrados ascendían a 52, dos más del número que le habían exigido los que le habían ordenado aquella operación.

Había hecho un calor tremendo todo el día. Si el desierto era ya caluroso de por sí, aquella especie de depresión a la que alguien había puesto muy acertadamente el nombre de *la sartén de Tekiyá*, rebasaba todos los límites soportables.

Mary Anne Hopkins, enfermera jefe de la UNDEPRCO, una organización al servicio de la ONU que trataba de poner cierto orden en aquel caótico campamento de refugiados, sintió un impulso de rabia al imaginar a los individuos que habían escogido aquella calurosa depresión del terreno para ubicar aquel emplazamiento que trataba de reunir con un mínimo de control y coordinación, a los miles de desplazados a los que el régimen de terror impuesto por Rashí Al Tuleg había impulsado a huir,

bien por las consecuencias políticas de su desacuerdo, por el hambre, o simplemente por haber tenido el infortunio de nacer en una tribu equivocada.

Frente a ella, Peter Voth, un médico veterano de la seguridad social holandesa que actuaba más como un burócrata que como un verdadero galeno, terminaba de firmar un enorme montón de formularios mientras escuchaba inexpresivo las quejas de su enfermera jefe.

—Es solo cuestión de decirlo, doctor. No podemos quedarnos con los brazos cruzados, los refugiados se acumulan día a día, mientras los stocks de medicamentos y material médico y quirúrgico se mantienen en las mismas cifras desde hace años.

—Ya lo hemos comunicado, enfermera jefe —contestó sin ningún entusiasmo Peter Voth mientras estampaba la última firma sobre el legajo de papeles.

—Pues habrá que comunicarlo otra vez, doctor. Así no se puede trabajar —insistió Mary Anne viendo como el doctor Voth se quitaba las gafas y las guardaba en el bolsillo delantero de su bata, fijando en ella aquella mirada lasciva y pegajosa que tanto le molestaba.

—No se preocupe Mary Anne —contestó el doctor sonriendo—, esta vez me han dicho que escucharán nuestras quejas. Pronto recibiremos el material que necesitamos.

Mary Anne, permaneció en silencio sintiendo como el viejo doctor Voth la desnudaba con la mirada. Sentía asco de aquellas entrevistas y solo regresaba a la oficina del jefe de la UNDEPRCO porque la situación realmente lo demandaba. Era consciente de la admiración que despertaba en el doctor y en otros voluntarios de la misión y como mujer se sentía halagada, máxime cuando ya no estaba en la mejor edad para despertar el interés de los hombres, sin embargo, le disgustaba enormemente la forma en que el doctor le hacía llegar sus inequívocos mensajes. Sobre todo porque lo que ella buscaba en aquel despacho estaba en las antípodas de aquel repugnante coqueteo que el doctor Voth parecía empeñado en establecer en sus entrevistas.

—Está bien doctor, espero que esta vez sea cierto. La última vez me dijo usted lo mismo, y al final no hubo nada de nada.

—No te preocupes Mary Anne. ¿Qué te parece si nos tuteamos?, ya

hace tiempo que trabajamos juntos. Es más, podíamos compartir un buen cordero esta noche, tengo un Burdeos excelente...

La explosión derribó de cuajo una de las paredes arrancando al doctor Voth de su silla y arrojándolo contra la pared opuesta. Por su parte y sin saber cómo, Mary Anne se encontró rodeada de cascotes, bajo la misma mesa sobre la que hacía poco tiempo el doctor firmaba sus formularios.

Cuando consiguió salir de debajo de la mesa sentía un dolor indefinido en todo el cuerpo. Mientras seguían escuchándose explosiones por todo el campamento, Mary Anne se dirigió al doctor que yacía inmóvil junto a la pared. Su rostro mantenía aquella sonrisa con la que siempre trataba de seducirla, sin embargo, en sus ojos había una expresión nueva al haber desaparecido el brillo que tenían hasta pocos segundos antes. La falta de pulso en su muñeca, confirmó a la enfermera sus temores.

Después de cerrar para siempre los ojos del doctor Voth, Mary Anne corrió por todo el campamento eludiendo los socavones que las explosiones habían producido en el terreno y tratando de no ser alcanzada por el fuego de mortero que se mantuvo aproximadamente durante otros diez minutos. Cuando por fin cesó, Mary Anne levantó los ojos al cielo y lloró. El campamento de refugiados de Tekiyá se había convertido en un montón humeante de escombros, salpicados aquí y allá por restos humanos amputados violentamente a sus dueños, mientras en el aire flotaba el olor ocre de la pólvora mezclado con los lamentos agónicos de los heridos, para los que, además de no haber apenas medicinas ni otro tipo de ayuda médica, parecían haberse agotado las esperanzas.